

ALFONSO REYES Y SU IMPULSO LÍRICO

La casa de hielo.—No puedo pensar en Alfonso Reyes, el gran escritor regiomontano, sin que venga a llenarme de angustia el recuerdo de la casa en que le conocí, donde él vivió más de cinco años y yo vivo todavía. No puedo cantar la elegía de esa casa trágica, porque me parece que sería cantar un poco a mi misma muerte. Pero ahora, en este mediodía del trópico, con la ventana abierta sobre el palmar, quiero contar el secreto de aquella casa, ese misterio profundo que tan claramente me reveló el heroísmo cotidiano y tranquilo de Alfonso Reyes.

En la apariencia era una casa como todas las demás. Como tantas otras del Madrid nuevo, se había construido con los deshechos del Madrid viejo. Los escombros de las casas antiguas y señoriales han levantado casi todo el barrio de Salamanca, ese barrio gris y elegante, que tiene un fondo tan claro en la nieve de la sierra. Miraba nuestra casa a la pequeña plaza de Salamanca. A lo lejos se veían pasar todos los entierros de Madrid, que se despiden en la ruidosa plaza de la Alegría. Un poco más lejos estaban las líneas de los lentos tranvías. Y más lejos aún se veía la silueta diáfana y bellísima del Guadarrama. ¡Ah!, y frente por frente, estaban unos admirables campos de tennis, en donde, por el invierno de 1920 fundamos nuestro *Moratin Tennis Club*, el primer homenaje rendido a la memoria del desconocido introductor de ese y otros deportes en la España de Carlos IV.

Con un ambiente tan bello (si exceptuamos la plaza de la Alegría, la predilecta, tal vez, para Gutiérrez Solana, el gran pintor de la España Negra), con un ambiente tan diáfano y puro, ¿por qué sentíamos tanta desolación, por qué me sentía yo rodeado de una penetrante tragedia cuando entraba en aquella casa de General Pardiñas número 32? Venía a ella después de haber cruzado la gran llanura de Castilla.

Conocía ya el frío profundo de sus noches de otoño. De Soria

a Burgos, en una diligencia que atravesaba los pueblos diezmados por una epidemia, sentía el secreto del dolor de Castilla y ese soplo de vida franciscana que viene de su llanura. Después de haber visto caer la nieve frente al Doncel de Sigüenza, la más lírica escultura que vi en España, me sentía bien preparado para el frío y para la muerte. Pero al llegar a aquella casa sentí que mi ilusión se desvanecía.

No era el frío de la llanura ni el de la montaña, era un frío único, completamente desconocido para mí, que no parecía venir del aire sino salir de lo más profundo de la tierra. No olvidaré nunca la imagen dantesca que esta dura impresión me sugería: la casa tenía por cimientto un enorme témpano de hielo. Así se explicaba que los brillantes radiadores estuviesen completamente helados. Así se explicaba también la ascensión inacabable del frío, que lentamente cubría de una capa de hielo todas las cosas. Estaban cerradas las puertas y las ventanas. ¿De dónde venía aquel aire sutil que apagaba el vacilante bracero? Sentíamos que, junto al frío que venía de las entrañas de la tierra, un ambiente de misterio envolvía nuestra casa. Y por encima del frío doloroso y rompiendo la urdimbre del misterio cotidiano, Alfonso Reyes dejaba libre su fantasía y su triunfal ímpetu lírico le hacía feliz.

Le veo envuelto en su enorme manta de Palencia, entregado a su labor infatigable. En la alcoba vecina, Pedro Henríquez Ureña suspira por las heladas regiones de Minnesota. El viene de un país casi glacial y aquel frío, aquel ambiente de frío misterioso, le es completamente desconocido también. Alfonso Reyes conversa y recuerda, en las leves interrupciones a su trabajo. Es el trabajo de cada día, hecho de manera perfecta. Es el trabajo lleno de sosiego. Tiene la serenidad necesaria para que nada más podamos pedirle. En tanto, en la conversación, en el recuerdo, pasa la sombra lírica, espiritual, fugitiva del lejano Monterrey.

La doctrina del impulso lírico.—¿Dónde ha expuesto esta teoría Alfonso Reyes? ¿Puedo estar seguro de que la ha llegado a ex-

poner en alguna parte? ¿Estará sólo en las conversaciones con sus amigos? Tengo vagos recuerdos y no puedo precisar nada. Quizás fue a propósito de un romance viejo cuando nació la atrayente doctrina, fecunda en derivaciones. Quizás un amigo de Reyes la recogió, la puso en sus labios y prometió, en nombre del ensayista, un largo y próximo libro. Lo cierto es que desde hacía mucho tiempo, casi tengo que remontarme a mis años de folklorista, siempre que quería representarme a mi amigo, me lo imaginaba como el hombre del impulso lírico.

Engañan pocas veces esos presentimientos de la amistad. Yo sentí que era real mi figuración el mismo día en que conocí a Alfonso Reyes. Día de la llegada: el primer calor del verano de Madrid, cansancio de las cosas, impresión gris de las gentes. De pronto, en medio del Retiro, cerca del gran estanque, Reyes me dijo: "Anda usted con mucha lentitud, todavía trae usted nuestro ritmo de América". Desperté ante la palabra mágica y sentí una gran alegría: comprendía el secreto del escritor; veía, con una visión clarísima, proyectarse el maravilloso espíritu que llenaba de claridad la imagen de mi amigo. El ritmo: centro de la vida, alma del universo. El ritmo que se acondiciona a la idea y que la crea de nuevo. El ritmo, que está en nuestros menores actos y en los más decisivos: en nuestro ensueño y en el cansado paseo de un día estival.

Un ritmo ascendente, un ritmo creador. Sentimos este impulso en las obras más diversas de Reyes: en *El Suicida* y en *El Cazador*, libros de ensayos y divagaciones; en *Visión de Anáhuac*; en los fuertes *Cartones de Madrid*; en *El Plano Oblicuo* . . . Cuando el crítico acuñó en una frase su observación sobre el viejo romance, no hizo sino reflejar su más íntima realidad estética. ¿Estética, solamente? Pienso que en Reyes el impulso lírico tiene un esencial valor humano. No en vano, cuando él me hablaba de su libro, de ese libro sobre el impulso lírico que quizás no llegue a escribir nunca, pero que tan bien sentimos sus amigos, me anunció la sencilla dedicatoria: "A mi padre, coronel de caballería en 1877".

He nombrado *El Suicida*, cuya segunda lectura ha sido un mundo de sorpresas para mí. He aquí cómo un impulso lírico, musical, va uniendo una abstracción con otra, una idea compleja con otra más compleja aún, una noche profunda del alma con otra interminable noche. Pero las ideas tienen un extraño fulgor y una honda y sorprendente música. Cuando llegamos a la primera abstracción, comprendemos que mucho tiempo hemos de tardar en detenernos. Al alma nos llegan las palabras del escritor, en el ensayo de "Los desaparecidos": "Todos mis anhelos se van tras de los dos mil trescientos cincuenta y un desaparecidos de Nueva York". La ventana está abierta sobre la noche profunda. El canto, el ritmo será el hilo invisible que nos guíe.

¿Por qué ahora, de modo súbito y misterioso, acuden a mi memoria unos nombres que son de la más alta devoción para mi amigo? Este seguro dominio en las ideas abstractas me hace recordar a Gracián, de quien ha sido Reyes uno de los más penetrantes comentaristas; ese impulso rítmico, ese puro triunfo musical, me hace pensar en la reciente frase de Foulché-Delbosc en su edición crítica del poeta de "Las Soledades": Alfonso Reyes es el primer gongorista de los tiempos presentes. Así la doctrina del impulso explica las más íntimas dilecciones del escritor.

Hace unos meses, Wells, en su visita a Madrid, preguntaba con asombro a Reyes cómo podía vencer las enormes dificultades que ofrece la traducción de Chesterton, esa figura singularísima en las letras inglesas contemporáneas. Reyes, con su moderación habitual, le habló de la tradición conceptista en las letras españolas. Nuestra lengua tenía antecedentes para recibir como a huésped que nos es familiar al autor de *Ortodoxia*. De sí mismo no podía hablar nuestro amigo: de su ritmo de las ideas abstractas, de su impulso humorístico, de su literatura, que es muchas veces un libre juego, lleno de sorpresas. Esa afinidad con Chesterton en nuestro ensayista es lo que explica mejor la excelencia de sus traducciones. El hombre del impulso lírico había de ser un personaje de la mayor intimidad para el habitual lector de Chesterton.

Y ¿el impulso lírico hasta dónde puede conducir? ¿Podemos prever todas sus posibilidades? En Reyes, escritor de temperamento clásico y de cultura humanística, bien podemos asegurar que a ningún desorden de las ideas, a ninguna confusión romántica, a ningún bullicio sentimental. En su obra, sentiremos, junto a la música que asciende, el silencio pitagórico, la claridad, la suave luz de la noche serena.

Noche Serena.—Noche serena de nuestra América, desconocida noche para tantos: de ti, y pensando en la obra de mi amigo, quiero hablar, y más que con mis propias palabras con las que, en una tarde inolvidable, oí de un grave crítico español, de un crítico de la generación de Menéndez y Pelayo, muerto en 1920: D. Miguel Santos Oliver.

Frente a la vastísima colección cervántica que posee el Instituto de Estudios Catalanes, me hablaba el crítico mallorquín de la obra de América, de las actuales literaturas americanas. Habíamos recordado la renovación lírica en España debida principalmente a la obra de Rubén. Entonces, aquel escritor ponderado, aquel escritor que, como todo verdadero humanista, tan hondamente creía en la fuerza armoniosa de la cultura, me dejó ver su pesimismo sobre ciertas tendencias en el actual espíritu español. Encontraba en ellas, en medio de su poder dinámico, un desequilibrio que hacía menos honda su eficacia en la vida, una falta de concierto, de seguridad maestra, que limitaba su valor en la pura esfera del arte. Unamuno, Pío Baroja, de obra tan fuerte y variada como desconcertante, fueron los ejemplos más característicos que citó para confirmar sus opiniones. Frente a esta falta de equilibrio, de cultura armoniosa, América ofrecía a España, por medio de algunos de sus puros escritores, una lección de serenidad. El idealismo de Rodó, tan luminoso en el arte, tan eficaz, tan constructivo en la vida; la sobriedad, junto a la vastísima cultura creadora de Enrique José Varona; el mundo de apariencias serenas de la poesía de Valencia; el tono meditativo de los

versos de González Martínez Podremos señalar limitaciones en esta obra fecunda. No podremos nunca dejar de sentir su claridad, su delicada luz del espíritu, su sentido de reposo, su serenidad resplandeciente.

Muchas veces he pensado en la conversación con Santos Oliver al releer los libros de Alfonso Reyes. Algunos de estos libros, de creación o de crítica, han sido producidos en medio del agobio terrible de la vida. A veces, el hombre ha sentido sobre su cabeza las alas de la tragedia. Y la cultura lo ha salvado y ha dado a su más íntimo lirismo una moderación, una suavidad conmovedora. Es el espíritu de *Elegía de Itaca*:

Ni forma de la vida, ni pensamiento pasa,
ni luz, ni voz, ni tengo calor ni compañía,
cuando súbitamente, rompiendo el alma mía,
penetran como pájaros los ruidos de la casa.

¡Claro rumor de agua bajo los platanares
y cantos de las aves en el amanecer!
y ¡oh visión de las nobles figuras familiares
que ya no he de miraros donde estábais ayer!

Dispersos los hermanos ¿qué harás, antigua casa,
a donde cada objeto me saludaba ya?
¡Si hasta la misma tierra, después que el agua pasa,
ansiosa me pregunta si ya no pasará!

.....

Las obras de Reyes, en medio de sus constantes sorpresas, no han perdido el espíritu de esta poesía. Cuando quiero explicarme la persistencia de esta nota al través de los momentos más diversos, al través de los múltiples impulsos (el impulso lírico, el impulso humorístico, el impulso de lo imprevisto) un recuerdo muy personal viene a auxiliarme en mi interpretación. Es el de nuestro viaje a Burgos, en el verano de 1918. Era el tercer día de nuestra estancia en la ciudad admirable. Para aliviarnos un poco de

la emoción que nos ahogaba, salimos al campo. Cerca del castillo del Cid, una pobre mujer que vivía en una choza de tierra ofreció a Reyes un clavel. Ví a mi amigo correr por el camino del Castillo, paralelo al de la ciudad. Me parecía que era la suya una carrera lírica. En frente estaba la ciudad austera, la ciudad llena de profundo reposo, llena de una visión de eternidad. Se oían los cantos alegres de unos cordeleros. En la impetuosa carrera, aquel ambiente ponía una nota de serenidad. Y yo veía así, con una honda emoción, pasar ante mí la obra del escritor y la vida de mi amigo.

José Ma. CHACÓN Y CALVO.

Santa María del Rosario, Cuba,

octubre de 1922.

Publicado en varios periódicos.

LAS HUELLAS DE ALFONSO REYES

Envío.—Ahora, querido Alfonso, que está usted en París hablando de México, me propongo, libre de su influencia, evadido de nuestra amistad, decir algo de su libro último. Esa amistad de todos los días anudada desde que la vida le trajo a Madrid, me ha quitado muchas veces la pluma de la mano que se me iba hacia ella después de haber leído unas páginas suyas. Yo creo que no sabré escribir nada acerca de usted mientras le tenga a mi lado. ¿Tendré que afirmarle después de esto, que no me corre prisa escribir acerca de usted? Y no es que tema a su juicio. Yo sé, querido Alfonso, que usted es de los pocos a quienes se puede sinceramente elogiar, sin que, pesado el elogio, lo echen a mala parte.

Por que voy, decididamente, a elogiarle y tiene que ser a propósito de lo más inesperado, de un libro de versos.

El verdadero Alfonso Reyes.—Cuando se pregunta en Madrid quién es Alfonso Reyes, los enterados dicen: un erudito. Ha trabajado sobre los clásicos, editándolos, comentándolos. Desde su primer volumen, *Cuestiones estéticas*, supo hacerlo ver. También le han interesado los temas históricos. Es hombre de mucha lectura, formado en los libros, se ha especializado en Alarcón por patriotismo y en las cuestiones gongorinas, por inclinación.

Sí; eso es Alfonso Reyes. Pero la *Visión de Anáhuac* y los *Cartones de Madrid*, *El suicida* y *El cazador* nos dan otro. El ensayo, en toda su variedad, aparece en estos libros rico de jugo personal, de experiencia viva. Y, de pronto, en *El Plano oblicuo*, un salto de humor, nada brusco para quien le viniera leyendo, le lleva al borde de la pirueta.

¿Cuál es el verdadero Alfonso Reyes? Todos. El que lo dude, podrá convencerse ahora leyendo *Huellas*. (México, Andrés Bortas e Hijo) (1).

El verso revelador.—En verso no se miente. Es más: en verso no se puede disfrazar la personalidad íntima. El dios que se apodera del ánimo cuando el poeta está en su labor creadora, es un dios intransigente con el menor disimulo.

Es también un dios tolerante. No le pide al poeta —como cierto público que empieza en la crítica usual— una actitud definida de una vez para siempre. Que hoy haga reír el que antes hizo llorar —claro que en el momento oportuno— pocos lo admiten. Al dios le interesa no más que, si se hace llorar, como si se hace reír, se haga llorar o reír de veras.

Las cifras que siguen al título en la portada de *Huellas*, 1906-1919, explicarían, si fuera necesario, la variedad de notas encerrada en esa colección. Cada composición es autónoma, dentro de ella. Todas juntas van marcando la evolución de un pensamiento, de un sentimiento, de una forma; van registrando, por sus huellas espirituales, el camino de un alma.

México y España.—Hay versos fechados en México y versos fechados en Madrid. Entre los primeros, los más impersonales, los ensayos de iniciación, labrados a la sombra de una efigie tutelar. Si nos atraeviéramos, junto a Rubén Darío, padrino de todo poeta contemporáneo, señalaríamos a Manuel José Othón, único poeta de México cuya seria influencia se advierte en el nuestro (los sonetos de Chénier, los temas rústicos, en general).

Pero donde mejor se ve a México, o donde nosotros lo vemos mejor, es en poesías de forma tal vez imitada de nuestro siglo de oro. Y en ninguna parte como en la *Glosa de mi tierra*, a la amapola:

(1) Es de lamentar el poco esmero de la edición, hecha lejos del autor.

Al pie de la higuera hojosa
tiende el manto la alfombrilla;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nació.

Esto es español, sobre todo en sus líneas generales. Pero como en aquellos edificios de la colonia estudiados por Manuel Toussaint o por el marqués de San Francisco, la línea española, lo que vemos como propio y familiar, se altera, dulcificándose, sobre todo en el ornato. Es menos severo, menos grave. Una suave profusión decorativa le añade lirismo y le cambia el tono.

Los versos de Madrid apenas aluden, como, por otra parte, los de México, a paisajes y cosas españolas. Son modos del ánimo. La invitación al ocio de una mañana de junio o la pasividad contemplativa de un San Isidro Labrador. Son una caricia un poco áspera sobre la punzada del recuerdo.

La verdadera parte de España está enlazada íntimamente al mexicanismo: en las predilecciones formales, con reminiscencias de nuestro pomposo siglo XVII, llamadas a adoptar más a gusto las modalidades nativas. La expresión geográfica Nueva España podría volverse expresión literaria para caracterizar, mejor que los versos de ningún otro poeta mexicano, los de Alfonso Reyes.

La nota personal.—A través de todo el libro, desde los motivos iniciales en que se advierte un eco de lecturas, o en los ensayos de versificación bárbara —sáficos o alcaicos, resonancias de exámetro en composiciones rimadas a la moderna— la nota personal se abre paso.

He aquí un poeta culto en quien la cultura no se vuelve cosa baldía. Un hombre capaz de enardecerse intelectualmente con una evocación de lo pasado y de gozar con sencillez, sin fingir gustos refinados.

(Yo me sé, en el fondo, que es por otra cosa) —dice con parentesis y todo— de una alegría inmotivada. Un hombre capaz de hablar con dignidad del propio sufrimiento, sin vana ostentación elegíaca. De llegar implacablemente al más vivo análisis, como en la prosa rítmica de *El Descastado*.

Ha tenido Alfonso Reyes la ocurrencia de imprimir como prosa esa poesía, de las más fuertes de su libro. Quizá pueda verse en ello una afectación, aunque, escrita como verso, alguien hubiera de ponerle reparo igual.

Pero no es prosa, sino verso. No sólo la parte irregularmente asonantada; también la otra, la libre, se quiebra, a la lectura, en fracciones que son sin duda versos. La libertad de *El Descastado* —y la de otros poemas: *Tarde-Bruma*, *Charca de luz*, *Conflicto*— contrasta con la exactitud buscada en las rimas juveniles por otro camino.

Esta exactitud de la poesía más reciente es fidelidad a la propia emoción. El poeta ha recorrido las distintas etapas de su arte. Al principio, el soneto, que limita bien el campo y da una pauta inflexible. Luego las estrofas, que, sin cortar vuelo a la idea, obligan a una cómoda subdivisión, o la tirada de romance, cuya música, familiar en todos los oídos, está propicia siempre. Por fin, la libertad, anunciada antes por el huír de la rima difícil —repetiendo una palabra o cambiando en el esdrújulo el asonante por el consonante— y reveladora de la verdadera plenitud.

En cuanto a formas, el libro es muy vario. Del tesón con que están buscadas pueden dar muestra evidente las dos versiones del francés mejor que las inglesas: *El castellano de Coucy* y *El abanico*

de *Mlle. Mallarmé*. En el libro de Reyes, el artista no abandona nunca el servicio del poeta.

Final.—Advierto, querido Alfonso, que no le he alabado en demasía. Conste, como le dije al principio, que no fué por temor de que se me enojara.

E. DÍEZ-CANEDO.

España, Madrid, 10 de Marzo de 1923.